

“MIS HIJOS SON LA CONTINUIDAD ME LLENAN DE ORGULLO”

Julio Anaya

Los orígenes

Nací el 4 de septiembre de 1946 en Mar del Plata, en una familia de ascendencia española y francesa. Mi bisabuelo llegó a la zona cuando lo trajo el mismísimo Pedro Luro para construir las escolleras.

Durante mis estudios primarios, pasé por varios colegios. El secundario lo cursé en el San José, de Tandil, donde todavía tengo amigos.

No me gustaba demasiado ir a clase ni estar entre libros. Me tiraba el mundo del trabajo, acceder a mi independencia económica.

Por eso, mientras todavía estaba en la escuela, conseguí mi primer empleo: a contra turno, como cajero en un café.





A los quince años, me tomaron en una inmobiliaria. Aprendí rápido y bien las bases de una actividad que por aquella época era muy distinta a lo que es hoy, con las computadoras. Había que salir a buscar al cliente y ofrecer un servicio de calidad para hacer el negocio. Me ayudó que tenía facilidad de palabra y ganas de progresar.

Tenía veintitrés años y trabajé vendiendo propiedades hasta los treinta, cuando me casé con Franchesca Pugliati, una italiana de oro que me dio dos hijos que son mis continuadores: Julio, de treinta y nueve años, y Fernando, de treinta y cuatro.

Los comienzos en la metalurgia

Corría el año 1980, cuando decidí abandonar el rubro inmobiliario. Estaba harto de la inflación y de los vaivenes económicos. El deseo de dar un bienestar económico a mi familia y buenos colegios a los chicos —porque entendí que era fundamental darles una educación de excelencia—, me impulsó a poner fin a la compraventa de propiedades



A través de un amigo, llegó una oportunidad de vender perfiles de aluminio a carpinteros de Mar del Plata y zonas aledañas. Pero entendí que debía formarme y empecé a ir todas las noches a un taller para aprender sobre metalurgia. No me permití “tocar de oído”.

Tras algunos años como vendedor, el amigo que me había recomendado me ofreció trabajar en su empresa.

“Yo tengo alma de patrón”, le dije. “Para trabajar con vos, necesito tener la tranquilidad de que mi familia va a tener para comer y que mis hijos van a poder estudiar”. Como él aceptó mis condiciones, entré a la sociedad como socio.

Entre los años ‘83 y ‘89 crecimos mucho. Hacíamos carpintería de aluminio, carpintería metálica, herrería, cortado y doblado de chapa. En el ‘86, hicimos la tienda Los Gallegos. Hicimos casi todo: aluminio, vidrieras y herrería.

Sin embargo, a pesar del crecimiento, en abril de 1989 decidí que mi ciclo había terminado. Mi di cuenta de que mi familia no iba a tener un buen futuro si yo permanecía en esa sociedad. Así que vendí mi parte y me preparé para encarar una vez más un nuevo proyecto.



Julio Anaya Metalúrgica

Como ya conocía el rubro, abrí mi propia carpintería de aluminio, especializada en marcos y aberturas.

Empecé desde abajo, tocando timbres y usando esas dotes de vendedor que había ensayado durante mis años en la inmobiliaria. Reconozco que siempre fui bueno para las ventas. Además, soy tesorero, de los que insisten hasta que alcanzan su objetivo. Era llamar a la puerta del cliente y no irme hasta cerrar la venta. O eso, al menos, era mi idea general.

Hubo clientes a los que visité durante quince años, hasta que finalmente terminaron comprándome.

Mis clientes pertenecían al rubro de la construcción. Después de trabajar algunos años en un local alquilado de Champagnat, en mayo de 1997 compramos el lugar donde nos instalamos en la actualidad. En aquel tiempo, se incorporó mi hijo Julio. Se ganó su lugar a fuerza de actitud y empeño. Es un trabajador tan tesorero como yo.

Años más tarde, conseguimos comprar una vieja casa vecina y ampliamos el local.

La crisis de 2001 fue muy dura. Pero tuve a mi hijo como gran aliado. Veníamos de trabajar tres años en la construcción de dos hoteles en Mar del Plata. Aquel sacrificio nos enseñó a trabajar con los bancos. La experiencia nos



sirvió para superar el temporal. También nos ayudó que teníamos poca gente a cargo.

Con muchísimo sacrificio y muchas horas salimos adelante. Desde aquel momento, nunca más quise tener una cuenta bancaria.

El futuro

Julio Anaya Metalúrgica es una empresa con trayectoria en el rubro de sistemas de aluminio de alta prestación. Nuestro mercado es Mar del Plata y sus zonas de influencia, como Pinamar, Cariló, Dolores, Necochea, Miramar, Balcarce y Tandil. Vendemos calidad, no precio.

Actualmente, tenemos diez colaboradores. No me gusta llamarlos empleados. Prefiero decir que son compañeros de trabajo. Tampoco quiero que me llamen patrón. Patrón tienen los perros. Es toda gente joven, de menos de cuarenta años.

Así como cuidé a mi familia, los cuido a ellos; por eso creo que el mío es el único taller con calefacción. Porque quiero que realicen su tarea en un ámbito cuidado y agradable.

Mi hijo menor, Fernando, es arquitecto. Colabora en la empresa a tiempo parcial, en combinación con su actividad profesional. Él se ocupa de los temas vinculados con las obras. Su incorporación nos brindó un costado que faltaba a la empresa a la hora de relacionarse con otros profesionales. Julio está más abocado a la parte comercial.

Ambos están perfectamente capacitados para ser la continuidad de la empresa. Supieron aprender las tácticas y secretos del rubro. Los dos me llenan de orgullo. Por la confianza que les tengo, en los últimos años les fui cediendo la administración.

Ahora que no tengo la obligación de ser quien dirige el negocio, puedo hacer lo que siempre me gustó: dedico mi tiempo a la pesca y a disfrutar de mis nietos Joaquín y José Ignacio, hijos de Julio, el mayor.

Ya no pongo el despertador. Después de muchos años dejé de madrugar. Toda mi carrera laboral, a través de las diferentes actividades que desplegué, fue un camino que construí con gran esfuerzo, trabajo y, sobre todo, con honestidad. Esa fue la base de mi trayectoria, tanto en la actividad comercial e industrial como en mi vida personal.